



LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

O cruz, ave, spes unica.

Héme al pie de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fe, vacilo y me confundo.
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena;
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesús de Nazareth llamaba.

Santa misión de amor le inspiró el cielo;
 Paz y amor predicó, y en el Calvario
 Al morir, trocó en signo de consuelo
 El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
 El surco apareció de la tristeza,
 Corrí á tu altar, humilde y reverente,
 A inclinar afligido mi cabeza,
 Y de mi llanto á desatar la fuente.
 Y hallaron siempre alivio mis dolores;
 Siempre el aliento de la fe volviera
 A mi nublado cielo sus colores,
 Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
 Su gallardo esplendor de primavera.

Mas ¡ay de mí! tras mis primeros años
 Vinieron en tropel tétricas horas;
 Vino otra edad de negros desengaños;
 Y á la luz de sus pálidas auroras,
 He inclinado la faz entristecida,
 Al mirar cual tornó mustio y sombrío
 El panorama inmenso de mi vida
 La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entonces mi cabaña,
 Ni vivía la madre tierna y pura
 Que me enseñó á adorar en la montaña
 O en el fresco verjel de la llanura,

La Cruz agreste que el pastor venera,
 Y que tiene por techo los espacios,
 Y por eterna alfombra la pradera.

Y vine á verte en la montaña oscura
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias.

Por fin ya te encontré, ¡signo sublime!
 Virgen de humillación, como quería,
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortara
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el cespel de tu ara.

O de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con labio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Tè da sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del Estío;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que va después entre la selva obscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre centzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente.
 Mientras que de los riscos, espumantes
 Gimen las roncadas aguas, despeñadas;
 En sus grutas de pórfido encerradas.

Tú eres humilde, ¡oh Cruz! pero estás pura;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.

Tú eres muy pobre ¡oh Cruz! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡Santa y sublime Cruz! ¡soy desdichado!
 Ruje la tempestad de los pesares
 Dentro mi corazón desesperado,
 ¡Vengo á buscar consuelo en tus altares!
 Dame de mi niñez blando el sosiego;
 Que vuelva al corazón la antigua calma;
 ¡Consuelo del cristiano, te lo ruego!
 Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.

Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú Cruz humilde, cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.

1859



EN EL ALBUM DE LUZ.

Nardo de este jardín, luz de este cielo,
 Dulce cláiz de amor y de consuelo,
 Ideal del cariño;
 Casta vlsión de encantos misteriosos,
 Blanca, como los ángeles hermosos
 Que ve en sus sueños sonriendo el niño.

Al contemplarte, virgen inocente,
 Al ver tus ojos y tu casta frente
 Que revelan la calma
 De tu existencia en flor risueña y pura,
 Calla el dolor, disípase la obscura
 Terrible tempestad que agita el alma.
 ¡Y pensar, desdichado, que me ausento,
 Cuando apenas ayer tu blando acento
 Ha llegado á mi oído,

Tierno como las quejas de la ave,
Cual los suspiros del amor, suave,
Cual despedida postrimer, sentido!

Hermosa niña, ¡adios! ¡Ay! me es preciso
Romper esta visión de paraíso

 Mi cáliz de consuelo,
Voy á cambiar por mi erial de espinas
El Edén que perfumas é iluminas,
Nardo de este jardín, luz de este cielo!

Colima, Febrero de 1865.



A ISABEL

(EN SU ALBUM)

Sereno cielo azul, sol esplendente,
Grandes nubes de púrpura y de gualda
Limitando los mares de esmeralda.

Aquí un volcán, cuya altanera frente
Una corona ciñe trasparente
De nieves y de brumas; y á lo lejos,
En continuas y espesas oleadas,
Las sierras de la costa iluminadas
De la luz tropical por los reflejos.

Bosques do quier de ceibas altaneras,
De arrayanes frondosos,
De gallardas palmeras
Bañadas por torrentes espumosos.

Y al pie de las parotas seculares,
 Junto á mansos arroyos,
 Agrupados los verdes platanares
 Que entoldan con sus hojas
 Los naranjos cubiertos de azahares.

Arcos de perfumados floripondios
 Sobre las frescas linfas,
 Circundadas de eneldos y de mirtos
 Como baños de ninfas.

Y pájaros, y flores, y céfiros,
 Formando á todas horas
 Con sus cantos, aromas y suspiros,
 Un raudal de delicias bienhechoras,
 Del alma adolorida arrulladoras.

Este el santuario es, do en mi camino
 Lleno de admiración vine á encontrarme,
 Cuando pobre y cansado peregrino
 A esta playa feliz quiso arrojarme
 La voluntad potente del destino.

 Mi corazón ardiente,
 Que lo bello idolatra y lo grandioso,
 Tu mágico poder adora y siente,
 Y con amor inmenso,
 A tus plantas se acerca
 También á tributar su humilde incienso

Recíbelo, Isabel, y una mirada
 Pague mi adoración, con una dulce
 risa de tus labios de granada.

Después voy á alejarme, mas llevando
 Tu imagen hechicera
 En el sagrario del cariño oculta.

 ¡Ay! ojalá que siga
 Un recuerdo siquier de tu alma amiga
 La estela de mi buque,
 Y el camino erial, obscuro, incierto,
 Que tengo que seguir penosamente
 De una vida infeliz en el desierto.

 Y cuando en algún día,
 De la aflicción la tempestad sombría
 Ruja dentro del alma,
 Para volver á la anhelada calma
 Evocaré tu nombre,
 Y tu recuerdo dulce y sonriente
 Disipará la nube de desgracia
 Que abrume entonces mi tostada frente.

Colima, Febrero de 1864.



Un sacificio que
Un lazo que por ti no destruyera
Toho á tus plantas me deposito
Te consagra las horas de mi noche
Los pensamientos de mis negras dias
¡Voy á decirte adiós! . . . pero no llores. . . .
Nos separa la mano del destino
Que ha cavado una sima en el camino
Que debimos andar juntos los dos.
Debemos desunirnos en silencio
Yo disculpable soy, y tú inocente;
Pero un hondo pesar nubla mi frente,
Y antes que sufras mi desgracia.adiós!

Ninguna queja amarga de tu labio
Desgarre ya mi pecho dolorido;
¡Oh! ten piedad de mí, mucho he sufrido,
Y para más no tengo corazón

Tú lo sabes muy bien; antes de amarte
Era tranquilo, y apacible y tierno;
Mas después que te amé, tornóle inferno
El inmenso volcán de mi pasión.

¡Cuál te he amado mujer! No hubo en el
(mundo

Un sacrificio que por tí no hiciera,
Un lazo que por tí no destruyera,
Todo á tus plantas ¡ay! deposité.

Te consagré las horas de mi noche
Los pensamientos de mis negros días,
Y hasta olvidé, mujer, ¿qué más querias?
Por tí mi dicha, mi ambición, mi fe.

Nada te pido en cambio, ni el recuerdo
De mis pasados y hórridos dolores,
Ni un suspiro siquiera, ni me llores;
Que todo es vano para amarnos ya.

Enjuguemos los ojos y callemos,
Y démonos sin llanto en esta vida
Nuestra postrer y triste despedida,
Que es nuestra hora de perdón quizá!

Abrázame y no llores. . . sé orgullosa
Y sufre con valor tu desventura;
Apuremos el cáliz de amargura,
Sin miedo vil, sin vacilar los dos.

Que cubra nuestra historia negro olvido;
No te entristezcas. . . . mira, en lontananza
Hay una luz siquiera de esperanza,
¡La lumbre del osario! ¡adiós! ¡adiós!

1858.





AL DIVINO REDENTOR.

PLEGARIA EN UNA FIESTA DE LA MONTAÑA.

*Deus, tu conversus vivificabis nos: et plebs
tua letabitur in te.—PSALM. LXXXIV, V. 7.*

¡Oh mártir del Calvario!...sublime Nazareno
Que escuchas del que sufre la tímida oración,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazón.

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; ¡protégelos, Señor!
Tú vez cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce
(acento,
Vinieron á cantarte de tu madero al pie;

Mas hoy las agrias heces apuran del tormento,
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.

¡Perdón! Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizau la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañón.

En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del río ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas el alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar;
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor, cuando en un tiempo vagaban persegui-
Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sostén; (dos
Tus hijos también somos, llegamos afligidos
Al pie de tus altares; ¡protégenos también!

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á Méjico contemplas, ¡oh! ¡sálvala Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanza!
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya surge en lontananza!
Gracias, Señor, ¡es ella! . . . ¡la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en ves de esas corona de fúnebre saúz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz.





A OFELIA PLISSE.

(EN SU ALBUM.)

Yo no te ví jamás; pero hubo un día
En que un patriota y joven peregrino
Que de esa tierra donde existes, vino
Hasta las playas de la patria mía,
Conmovido me habló de tu hermosura
Que de una diosa el don llamarse puede,
Y que admirable y rara, sólo cede
A la santa virtud de tu alma pura.

—Cruzaba yo, me dijo tristemente,
Mi camino erial desfallecido
Temiendo sucumbir, mas de repente
Me encontré sorprendido
Al levantar mi dolorida frente,
Con un carmen florido;

Que resguardan altivos cocoteros,
Que embalsaman oscuros limoneros,
Y que esmaltan jazmines y amapolas,
Y que mecen pujantes
De dos oceanos las inmensas olas.

— Es Panamá la bella; la cintura
De la virgen América, allí donde
Del mundo de Colón el cielo esconde
La grandeza futura.

Como símbolo santo, hermoso y puro
De esa edad venturosa y anhelada,
Cuya luz ya descubré la mirada
Del porvenir en el confín obscuro,
Existe una beldad, joven, risueña,
Inteligente, dulce y seductora
Como un amante en sus afanes sueña,
Como un creyente en su delirio adora.

— Es Ofelia, la diosa de ese suelo,
La maga de ese carmen encantado,
De dicha imagen ideal deseado,
El astro fulgurante de aquel cielo.

La perfumada flor, la que descuella,
De corola gentil, fresca y lozana,
Abriéndose á la luz de la mañana
En los jardines ístmicos—es ella!

— Allí la admiración le erigió altares,
Incienso le da Amor—la Poesía
Le consagra dulcísimos cantares;
Y un himno inmenso Libertad le envía
Entre el ronco suspiro de los mares.

— Yo la ví, la adoré—cual peregrino
A quien la mano del dolor dirige;
Adorarla y pasar fué mi destino.
¡Ay! yo me alejo, mi deber lo exige,
Mas su recuerdo alumbra mi camino;
Yo llevaré su imagen por do quiera,
Y confundiendo en uno mis dolores
Y en un objeto uniendo mis amores,
Yo escribiré su nombre en mi bandera.

— Tú á esa tierra lejana
En las dóciles alas de los vientos
Envía de tu lira los acentos
A esa beldad que he visto, soberana.

Así me dijo el joven peregrino
Y siguió con tristeza su camino.

.....
Acapulco, Julio de 1885.



LA CAIDA DE LA TARDE.

(A ORILLAS DEL TECPAM)

Mirar como traspone las montañas
El sol, cansado al fin de su carrera,
De este río sentado en la ribera,
Escuchando su ronco murmurar.

O ver las aves que con tardo vuelo
Van á las ramas á buscar descanso,
O mis ojos clavar en el remanso
Que obscurece las sombras del palmar.

A esta mustia soledad salvaje
Venir ¡ay triste! á demandar remedio,
En mi constantante y doloroso tedio;
Y el pesar abatiéndome después.

Y pasar afligido hora tras hora,
De la ausencia en el lóbrego martirio;
De un imposible afán en el delirio
¡Esta, lejos de tí, mi vida es!

Tu recuerdo tenaz nunca se esconde
En el obscuro abismo de mi mente,
Y el fuego de tu amor, aun vive ardiente,
Abrasándome siempre el corazón.

No vale huir de tí. . . . que el alma loca
Vuela á do estás, en alas del deseo,
O te atrae hacia mí, y aquí te veo,
Sombra á quien presta vida mi pasión!

Y evoco las memorias de otros días
Que dichosos, más breves trascurrieron,
Pero que amantes al pasar nos vieron
Desmayados, del goce en la embriaguez.

Y pido á estas riberas la ventura
De esas horas de amor dulces y bellas;
Mas ¡ay! no pueden darme lo que aquellas
En que te ví por la primera vez.

Nada me sonríe ya, cuando va el cielo
Tiñendo de carmín por un instante,
Desde su tumba de oro, fulgurante,
Del tibio sol la moribunda luz.

Nada promete á mi esperanza ansiosa,
A mi deseo audaz ó á mi pena,
La noche, cuando de delicias llena,
Va envolviendo la tierra en su capuz.

¡Ay! y las palmas, las hermosas palmas
Que tú tan gratas para siempre hicieras,
A ninguno, sus tristes cabelleras
Hoy acarician de nosotros dos.

Y cuando entre sus ramas solitaria,
Cayendo va la estrella de la tarde
Tu mirada semeja, como ella arde,
Así ardía en tu postrer adiós.

Y esa pálida estrella vespertina
Que un momento en el cielo resplandece,
Y que declina pronto y desaparece,
Semeja, así, nuestro pasado bien!

Hé ahí lo que me queda, recordarte,
De esta fatal ausencia en el hastío,
Y pensar que en los bordes de ese río,
Tal vez tú lloras por mi amor también.

1864.

